

1

MERCHE DIOLCH

*Siempre t *  
*Dulce*

Click  
EDICIONES

## Índice

- Portada
- Portadilla
- Cita
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Personajes de la serie
- Siempre tú. 2. Maverick
  - Cita
  - Prólogo
- Biografía

[Créditos](#)

[Click Ediciones](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora  
bre

Descu-  
Comparte

# SIEMPRE TÚ 1. DULCE

## Merche Diolch



«Nuestro destino nunca es un lugar, sino una nueva forma de ver las cosas».

Henry Miller



## Prólogo

—Uy... Perdón... —Dulce se apartó a un lado y siguió caminando sin dejar de mirar al móvil.

—Nada..., no pasa nada —indicó el chico con el que se había chocado, pero ella ya no le escuchaba.

Zoe le sonrió, a modo de disculpa, y negó con la cabeza.

—Disculpa... Es... —Miró a su amiga, que comenzaba a alejarse de ella, y devolvió la atención al joven que seguía parado—. Dulce —señaló sin más y se encogió de hombros, para salir corriendo.

Maverick arrugó el ceño y se quitó el gorro de lana que llevaba, sin apartar su atención de las dos chicas con las que se había topado. Se rascó la cabeza y sonrió.

—Dulce... —dijo el nombre en voz alta y reanudó la marcha, golpeándose la pierna con el gorro—. Se llama Dulce...

Llevaba días coincidiendo con ella. A la misma hora, al finalizar su jornada de trabajo, en la misma estación de metro que lo llevaba hasta su apartamento.

Al principio no la vio, solo fue una risa lo que le llegó hasta los oídos... como el sonido que debía de hacer el aleteo de un hada o el repiqueteo de las campanillas al son de una suave brisa. Música... Eso era justo en lo que pensó cuando la escuchó, la banda sonora que precedía a una secuencia de cine donde se presentaba a la actriz principal;

como un adicto desesperado por su dosis, se levantó del asiento que había conseguido a duras penas nada más entrar en el vagón y fue esquivando a las personas que se amontonaban en ese espacio reducido.

La primera vez que sus ojos se fijaron en ella, sintió como el ritmo de su corazón cambiaba. El compás del latido aumentó por unos segundos, bajando de velocidad cada dos palpitaciones, para crecer sucesivamente. Estuvo a punto de sacar su cuaderno para anotar esa nueva melodía que sonaba dentro de él y que hacía que sus dedos se movieran al compás de esta, pero, dudando que el movimiento del metro se lo permitiera, desistió e intentó memorizarla mientras observaba a su musa.

Se apoyó en la puerta que había más cerca de donde se encontraba y con disimulo, ya que no quería asustarla, la admiró desde la distancia. Iba mirando su móvil, con los cascos puestos, y, a cada poco, sonreía o levantaba la mirada para controlar la estación por la que pasaba el tren, por lo que supuso que debía de ir viendo algún vídeo o película.

Su cabello castaño atrapaba la luz artificial y su sonrisa conseguía hipnotizar a cualquier incauto que se atreviera a fijarse en ella..., como él. En días sucesivos la recordaría, soñaría con ella y lo acompañaría cada vez que se pusiera ante el teclado, cada vez que sus dedos volaran por encima de las negras y blancas y la melodía le envolviera, como si fuera su risa..., esa que lo había llevado hasta ella.

Se bajó dos estaciones antes de su parada y observó ensimismado como se alejaba de él, con la desesperanza de que quizás nunca más volverían a coincidir. Estuvo a punto de salir corriendo tras ella, pero las puertas automáti-

cas se cerraron en sus narices, impidiéndole hacer una locura.

Inconscientemente golpeó el cristal y apoyó la cabeza sobre el frío metal, al mismo tiempo que soltaba el aire que había retenido en su interior sin darse cuenta. ¿Y si no volvía a verla? Nueva York es una de las ciudades más pobladas del mundo, y el suburbano uno de los transportes públicos más usados por sus ciudadanos; lo iba a tener complicado para coincidir con su pequeña hada.

Así la llamó a partir de entonces. Su hadita, la que había conseguido que una nueva melodía resonara en su corazón y tomara forma en su cabeza. La música que necesitaba para terminar ese proyecto que llevaba tiempo esperando el broche final y que ahora, gracias a ella, podía cerrar.

Su hadita, la que ya tenía un nombre: Dulce... Con la que volvió a coincidir a la noche siguiente y en días posteriores a la misma hora y lugar, en el mismo vagón de metro.

## Capítulo 1



—Dulce..., Dulce... —la llamó Zoe sin obtener respuesta—. ¡Dulce!

Esta se volvió ante el grito de su amiga con el ceño arrugado.

—¿Qué pasa?

—¿Quieres dejar ya el móvil y mirar por dónde andas? Te has chocado con ese chico y ni siquiera te has disculpado...

Dulce miró por encima del hombro y observó la espalda del joven que se alejaba de ellas.

—Creo que sí le he pedido perdón... —Se rascó detrás de la oreja. Ahora dudaba de si lo había hecho o no.

La morena se rio y atrapó su brazo, animándola a que reanudara la marcha.

—Sí. Sí lo has hecho...

—¡Ves! Soy una persona educada y tengo modales, y si me choco con alguien, me...

—Pero... —reanudó por donde la había interrumpido, ignorando toda su palabrería— ni siquiera lo has mirado. Es como si te hubiera dado al interruptor de disculpas, cuando has tropezado con él, y has seguido sin más..., y todo por el dichoso teléfono.

—Pero es que quería enseñarte algo y...

—Y por culpa de ello —continuó—, no te has dado cuenta de lo cañón que estaba el tío.

Dulce miró a su amiga y luego giró la cara intentando buscar al chico entre las personas que iban de un lado a otro del vestíbulo de Grand Central Terminal, pero era un imposible.

—¿De verdad? —Su amiga asintió—. Jo...

Zoe se carcajeó y tiró de ella hacia la calle.

El ajetreo del tráfico de Nueva York les dio la bienvenida, junto a la fría lluvia que no les daba tregua. Llevaban varios días sufriendo un tiempo horrible y si no hubiera sido porque esas semanas habían estado inmersas en estudios y exámenes, no habrían salido del calor de su casa.

—Buffy dijo que no estaba muy lejos de aquí —indicó Zoe mirando su teléfono. Buscaba la última conversación que habían mantenido con su compañera de piso en el grupo de WhatsApp que tenían las tres.

Dulce se apoyó en la pared de la estación, debajo de un pequeño techado que había, para evitar mojarse. Miró el nublado cielo neoyorquino y se arrebujó dentro de su abrigo rojo. Le quedaban pocos días para pensar qué debía hacer con su vida. El curso de cocina al que se había apuntado, tras terminar el de informática, estaba llegando a su fin y no podía exprimir más el dinero que tenía ahorrado. Podía regresar a su casa, junto a su padre y al resto de la pandilla, en España, pero dejar atrás esta ciudad... Los al-

tos rascacielos, con las cristalerías donde de día se reflejaba el edificio o el paisaje más cercano y que ahora, con la luz artificial de los despachos, dejaban vislumbrar lo que escondían en su interior; el bullicio de gente andando de un lado a otro, con rapidez, sin percatarse de con quién se cruzaba o quién se había parado a su lado en el semáforo. Gente ajena a lo que pudieras vestir, al peinado que llevaras o a lo que pudieras pensar; el ruido... ¡Bendito ruido! Al contrario de lo que podía esperar y, siendo muy diferente a la tranquilidad de su hogar, el sonido de la calle, las voces de las gentes, la música que se escuchaba en cualquier esquina y que hacía que sus pies cobraran vida solos la abrazaban como si de una nana se tratara.

Toda la ciudad irradiaba vida, era pura energía y a Dulce la había conquistado desde el primer momento en que pisó suelo americano. El anonimato que le otorgaba vivir en esa enorme ciudad le ofrecía la libertad que en su pueblo natal no tenía.

Allí, en España, en la casa que la vio nacer, donde estaban todos sus amigos y vecinos, que sabían lo que le gustaba o le desagradaba, no podía lanzarse de cabeza hacia una nueva experiencia o dar un paso sin que todo el mundo lo supiera; como cuando había tratado de ser pescovegetariana... Ahora se reía de sí misma recordando esa etapa, porque lo primero que hizo nada más llegar a Nueva York fue comerse una buena hamburguesa.

Recordó cuando viajó a Italia en un furor apasionado por conocer la antigua cultura romana, y solo descubrió que los italianos eran un poco sobones..., algunos..., No podía generalizar, pero... con los que coincidió en aquellos días eran para olvidar. Tiritó solo de acordarse de ellos.

Lo único bueno que sacó de ese viaje fueron sus paseos por el antiguo foro romano al atardecer, las pizzas, los helados y el silencio cuando visitaba las ruinas. Un tiempo que le sirvió para aprender, para pensar en ella y en lo que quería hacer; un tiempo en el que se dio cuenta de que en realidad lo único que tenía claro era que no sabía qué hacer con su vida.

Un tiempo en el que maduró, creció y, aunque hubo algunos desastres, las cosas positivas siempre pesaron más que las negativas; como cuando decidió ir a Nueva York detrás de Andrew, un chico..., más bien un imbécil al que conoció en un chat por internet.

—¡Ya está! —indicó eufórica Zoe como si acabara de descubrir el mayor tesoro escondido del mundo.

Dulce sonrió al mirar a su amiga y asintió sin darse cuenta. Sí, el propósito de ese viaje a Estados Unidos había sido un desastre, pero el resultado final la había llevado a caer en los brazos de dos grandes amigas, con las que convivía en una ciudad increíble.

—¿Y hacia dónde vamos, capitana? —preguntó expectante.

Zoe le guiñó un ojo.

—Espera que san Google nos guíe...

La voz artificial que salió del móvil no tardó en escucharse.

—Gire a la derecha...

Las dos chicas se miraron sonrientes, se agarraron del brazo y siguieron a la «señorita» que les iba indicando, tratando de caminar cerca de los escaparates de las tiendas para procurar mojarse lo menos posible, ya que ninguna de las dos llevaba paraguas.